FAMILIA 43 (2011) 135-144

Estilos educativos y bienestar psicológico de los adolescentes. Importancia de la conciliación entre la vida laboral y familiar

Ana Martínez-Pampliega
Catedrática de Psicología Social.
Universidad de Deusto.
Departamento de Psicología Social y del desarrollo
Itxaso Ugarte Elicegui
Psicóloga Investigadora. Equipo EIF.
Universidad de Deusto

Resumen

Ana Martínez Pampliega, profesora de la Universidad de Deusto y su colega Itxaso Ugarte Elicegui, piensan que el adolescente vive un prolongado y difícil periodo de inestabilidad con intensos cambios físicos, cognitivos y emocionales que constituyen el crecimiento de la niñez a la edad adulta y que dificultan su interacción familiar, escolar y social. Al mismo tiempo, es muy sensible a la cultura y su desarrollo dependerá en gran medida de las normas que rigen en su círculo más cercano. En resumen, como los propios adolescentes reconocen, los progenitores son las figuras más relevantes en su desarrollo. No obstante, queda asumir la responsabilidad a nivel social y favorecer condiciones que posibiliten conciliar el trabajo con la familia. Tradicionalmente se ha luchado por los derechos de los padres a tener un trabajo, pero, hoy por hoy también habría que defender los derechos a poder cuidar y disfrutar de su vida familiar junto a sus hijos.

Palabras clave: adolescente, inestabilidad, interacción familiar, progenitor.

Universidad Pontificia de Salamanca

Abstract

Ana Martínez Pampliegam, teacher at University of Deusto and his colleague Itxaso Ugarte Elicegui, thinks that the adolescent lives a long and difficult instability period characterized by physical, cognitive and emotional changes that helps to grow from childhood to adulthood and that make it difficult his/her family, school and social interaction. At the same time, he/she is very sensitive to culture and his/her development will depend mainly on the rules established on his/her nearby relationships. In summary, as the same adolescent agree, birth parents are the most relevant figures in their development. Nevertheless, they still have to accept the responsibility at social level and make it easier conditions to conciliate work and family. Traditionally it has been fought for the rights of parents to have a work, but nowadays we should also defend the rights to be able to take care of and enjoy family life with their children.

Key words: Adolescent, instability, family interaction, birth parents.

El adolescente vive un prolongado y difícil periodo de inestabilidad con intensos cambios físicos, cognitivos y emocionales que constituyen el crecimiento de la niñez a la edad adulta (Mendizábal y Anzures, 1999) y que dificultan su interacción familiar, escolar y social. Al mismo tiempo, es muy sensible a la cultura y su desarrollo dependerá en gran medida de las normas que rigen en su círculo más cercano.

Como señala Arranz (2004), la familia, y más concretamente, el clima familiar, cobra un papel fundamental en este desarrollo de la personalidad de los adolescentes y en su bienestar o malestar psicológico. Este clima está vinculado con el funcionamiento familiar y no tanto con la estructura familiar. Es decir, el hecho de ser una familia tradicional o no (monoparental, reconstituida,….) es secundario. Dicho clima familiar está constituido por las pautas de interacción que se establecen entre sus miembros, quienes organizan sus relaciones en una forma altamente recíproca, reiterativa y dinámica (Mendizábal y Anzures, 1999). El subsistema más relevante, en el desarrollo y bienestar de los hijos, es el parental (Patock y Morgan, 2007) y, por tanto, entre las variables más vinculadas al clima familiar se encuentran las pautas educativas familiares y la afectividad.

Autores como Ceballos (2006) destacan la relación existente entre los problemas de la juventud actual y la deficiente labor educativa de las familias. Las familias han perdido sus núcleos tradicionales de apoyo y se sienten desconcertadas ante la variedad de demandas que exige la vida familiar y las dificultades para conducirse de forma apropiada en las realización de sus distintas tareas: la crianza de los hijos, la resolución de conflictos entre los miembros de la familia, la conciliación de la vida laboral y familiar, la gestión económica y doméstica.

Universidad Pontificia de Salamanca

Debido a este desconcierto, es cada vez más frecuente encontrar investigaciones dirigidas a intentar comprender cómo las familias desarrollan su papel de educadoras, es decir, analizar el papel de las familias en la socialización de los hijos, entendiendo por socialización el proceso a través del cual los padres influyen en los hijos. Este proceso condicionará las motivaciones, actitudes y los comportamientos necesarios para la adaptación individual, familiar y cultural de los hijos (Ladd y Pettit, 2002).

El estudio de la socialización no es nuevo. La primera clasificación de estilos educativos la tenemos en Baumrid (1971, 1991), quien en 1968 habló de estilos autoritarios, democráticos y permisivos, los cuales podemos describirlos haciendo referencia al trabajo de Alonso y Román (2005): 1) Estilo autoritario: aquél que mantiene valores bajos en la expresión del afecto y comunicación y altos en cuanto a exigencias y control, priorizando el cumplimiento de normas; 2) Estilo equilibrado: con valores altos en expresión de afecto y comunicación, pero altos también en exigencias y control; se emplea una disciplina inductiva sensible a las necesidades de los hijos, flexible y equilibrada; 3) Estilo permisivo: basado en una crianza sobreprotectora, con alto grado de expresión explícita de afecto pero poco consistente en sus normas de disciplina.

Otros autores que se han centrado en los estilos parentales como son Paulussen-Hoogenboom, Stams, Hermanns, Peetsma y Wittenboer (2008) al cruzar las dimensiones de apoyo y control, proponen un esquema de 4 estilos parentales, añadiendo a los tres anteriores un cuarto estilo: el negligente, como un estilo caracterizado por escasez de control y de apoyo. A esta descripción habría que sumarle la nula o baja supervisión del hijo durante la infancia, unas prácticas disciplinares inconsistentes (Justicia, Benítez, Pichardo, Fernández, García et al., 2006) y una escala autoridad o involucración con la crianza (Pinheiro, Hase, Amarante, Prette y Del Prette, 2006).

Los estudios sobre las consecuencias de los estilos educativos en el desarrollo de los hijos, destacan el impacto diferencial de los estilos positivos y negativos. Por un lado, los estilos educativos positivos han sido asociados con el bienestar de los hijos (Gattis, Simpson y Christensen, 2008). En este sentido, el mantener una buena relación parental y una satisfacción de los padres en la crianza (Tur, Mestre y Del Barrio, 2004) correlacionan con conductas de los hijos destacadas por una estabilidad emocional y una baja agresividad.

Estos estilos educativos positivos se basan en procesos parentales caracterizados por una comunicación familiar positiva, una relación familiar positiva y una percepción por parte del adolescente del mantenimiento de las normas (Hillaker, Brophy-Herbe, Villarruel y Hass, 2008). Los beneficios de un estilo comprensivo y basado en una buena comunicación han sido también estudiados por Melby, Conger, Fang, Wickrama y Conger (2008) concluyendo que aquellos padres que

Universidad Pontificia de Salamanca

se abstienen de duros intercambios con sus hijos están más involucrados en la vida de sus hijos, lo que hace que estos, a su vez, tiendan a estar más comprometidos en sus actividades escolares. También, el mantener una fuerte y positiva relación con los padres parece relacionarse con buenas relaciones con los iguales (Putnick, Bornstein, Hendricks, Paitner, Suwalsky et al. 2008).

Algunos autores (Kilgore, Snyder, y Lenz, 2008) han añadido otros factores importantes en la socialización positiva, entre los cuales destacamos dos: la autonomía, como soporte activo de la capacidad del niño, favoreciendo el logro de una autoregulación autónoma y su ajuste social y académico, y, en segundo lugar, la buena monitorización, la cual disminuye el riesgo de problemas de conducta.

Por el contrario, los estilos parentales negativos han sido relacionados con el malestar de los niños y adolescentes. Entre estos estilos se encuentran el autoritario, destacado como uno de los más frecuentes (Paulassen-Hoogeboom et al., 2008) o los estilos permisivo y negligente (Justicia et al. 2006). Uno de los estilos parentales más frecuentes es el autoritario y son múltiples los estudios que los han relacionado con toda una gama de problemas emocionales y conductuales (Arranz, 2004). Por ejemplo, se ha encontrado asociado a atribuciones hostiles del niño (Nelson y Coyne, 2009), apego inseguro (Graff, Speetjens, Smit, Wolff y Tavecchio, 2008) o vínculos afectivos débiles (Mestre, Samper y Frías, 2004). El estilo permisivo o negligente, en los cuales los padres son descuidados, despreocupados, rechazan a sus hijos,..., han sido relacionados con mayor riesgo de actos violentos (Justicia et al. 2006), autopercepciones negativas y relaciones impredecibles e independientes (Booth-LaForce y Oxford, 2008; Mestre, Samper y Frías, 2004). En general, se plantea una relación frecuentemente destacada entre comportamiento exteriorizado (agresividad, conducta antisocial) e interiorizado (ansiedad, depresión) y estilos parentales (Paulussen-Hoogeboom et al, 2008, Hatton, Donnellan, Maysn, Feldman, Larsen-Rife et al., 2008).

Finley, Mira y Schwartz, (2008) o Ababkov, Perrez, kaindanovskaia y Shiobi, (2005) destacan los cambios que se están produciendo en los roles que padres y madres desempeñan en las familias, aunque en diferente medida en función del país y la cultura. En Europa, el marido ya no es necesariamente el proveedor en la familia, ni la mujer la que realiza el apoyo doméstico. Entre los cambios observados, encontramos una tendencia global hacia una mayor participación de la mujer en el mundo laboral (Aryee, Srinivas y Tan, 2005) y, por tanto, un incremento de parejas con dos proveedores. Otro cambio observado socialmente es el aumento de familias con un solo progenitor.

Uno de los ámbitos dónde resulta más evidente el impacto de la incorporación de de la mujer en el mundo laboral es en el funcionamiento familiar, pautas de crianza, cohesión, adaptabilidad, comuni-

Universidad Pontificia de Salamanca

cación, estrés..., de ahí el interés por comprender como las familias, con nuevas organizaciones y/o nuevas estructuras familiares organizan y distribuyen sus funciones para contribuir al mantenimiento del sistema familiar y cómo concilian las responsabilidades familiares y laborales. Y más en un momento en que es visible los intereses encontrados de ambas instituciones (Carrasco, 2001). Frente a las necesidades de flexibilización, disponibilidad y movilidad exigidos por las empresas a sus trabajadores, se encuentran las necesidades de los trabajadores a su vida familiar y a poder educar a sus hijos y disfrutar de la vida familiar junto a ellos (López, Utilla y Valiño, 2006).

La relación entre ambos es bidireccional (Ford, Heinen y Langkamer, 2007), no sólo las condiciones y preocupaciones laborales afectan a la familia sino que las condiciones y preocupaciones familiares también pueden interferir en la vida laboral. No obstante, de acuerdo con Spector, *et al.* (2007) es la interferencia laboral la más frecuente y la que tiene un mayor impacto.

Centrándonos en estos últimos, podemos diferenciar entre conflictos vinculados a la falta de tiempo (Ford, Heien y Langkamer, 2007) o la tensión experimentada Golden y cols. (2006):

1) Sobrecarga del rol: jornadas largas de trabajo, existencia de turnos, horas extras. Supone la percepción de tener muchas cosas que hacer y no tener tiempo suficiente para hacerlas (Ayree et al. 2005).

   Se ha visto que esta sobrecarga afecta al nivel de implicación de los trabajadores en el cuidado de los hijos, en el apoyo al otro progenitor y en su responsabilidad como cuidador principal (Jacobs y Kelley, 2006; Skitmore y Ahmad (2003).

   También esta sobrecarga conlleva fatiga y agotamiento y por tanto, de forma evidente afecta negativamente al estado anímico, a sus reacciones emocionales y al afrontamiento de las demandas familiares. El resultado es una valoración más negativa sobre la propia familia y una menor satisfacción con la misma (Ilies eta al. 2007). Los estados afectivos tienden a continuar a lo largo de la jornada, incluso en su hogar, y parecen ser factores responsables del impacto de la sobrecarga.

   En el estudio citado previamente (Ilies *et al.,* 2007), se observó que esta sobrecarga no necesariamente debe ser crónica ni objetiva. Lo relevante es la percepción subjetiva experimentada.

   Además, ha sido demostrado que el conflicto es aún mayor en aquellas parejas en las que ambos miembros trabajan fuera de casa (Livingston y Judge, 2008).

2) Tensión: lo cual puede ser fruto de una gran carga de demandas familiares o laborales o bien de la falta de apoyo familiar,

Universidad Pontificia de Salamanca

es decir, falta de acuerdo sobre el cuidado de los hijos, ausencia del otro progenitor, etc.… (Scharlach, 2001).

Esta tensión se ha vinculado con baja satisfacción familiar, alta hostilidad en las relaciones familiares y diversas consecuencias psicológicas asociadas al grado de conflicto (Ilies et al., 2007). Afecta a la vida familiar, produciéndose un menor número de actividades compartidas que el trabajador realiza con su cónyuge e hijos, incluso controlando el factor tiempo disponible.

En conclusión, el clima familiar está afectado por una inadecuada conciliación laboral y esto podría tener consecuencias relevantes para el bienestar de los hijos, de diferentes maneras:

- Generalización de los padres y madres de la hostilidad manifestada en el trabajo hacia la relación con sus hijos. La hostilidad puede conducir a evaluaciones y atribuciones negativas sobre la conducta del hijo
- El incremento de estrés de los padres, podría conducir a mayores discusiones entre ellos, lo que a su vez tendrá repercutir de dos formas: a) directamente en las relaciones afectivas padres-hijos y b) indirectamente a través de un estilo de disciplina más negativo e inconsistente.

Fauber, Forehand, Thomas y Wierson (1990) ya señalaron la sensibilidad de los adolescentes para percibir rechazo o alejamiento por parte de los padres.

Con el fin de analizar la vinculación entre el funcionameinto familiar, las dificultades de conciliación y el bienestar de los hijos, se desarrolló recientemente en la Universidad de Deusto un estudio exploratorio. Los resultados han permitido justificar una línea de trabajo, pues se encontraron interesantes correlaciones significativas. La falta de conciliación se relacionó de forma importante con la comunicación y ésta a su vez con la falta de tiempo y con la queja respecto al trabajo. A nivel de socialización y prácticas de crianza, destacó la variable supervisión, la cual estuvo correlacionada negativamente pero significativamente con la sobrecarga emocional (llegar a casa cansado, enfadado, nervioso…) y a su vez, parece vincularse con la disciplina severa, lo cual podría entenderse desde la hipótesis de la hostilidad. También, fruto de este estudio, quedó reflejado de manera patente la importante relación existente entre la ruptura de normas (conducta antisocial) de los hijos y la carga emocional de los padres. Es decir, la falta de consistencia en las normas, en la supervisión, hace difícil el aprendizaje de las reglas de conducta; y la falta de tiempo adecuado de comunicación impiden generar marcos desde los que organizar reglas que rijan su conducta. Esta idea fue corroborada a

Universidad Pontificia de Salamanca

través de análisis de mediación, los cuales reflejaron perfectamente que ambas variables mediaban totalmente la relación indicada.

En conclusión, la familia ha ido variando progresivamente su forma, pero no sus funciones. Entendida como sistema, y de acuerdo al principio equifinalidad, se podrá llevar a cabo las funciones a través de una reorganización interna, independientemente de la diversidad existente. El ajuste de los miembros estará garantizado si las funciones se siguen cumpliendo igualmente. Sin embargo, la incorporación femenina al mundo laboral ha supuesto una menor presencia de la mujer en el hogar en su papel tradicional, sin que (de forma global) el cónyuge o el otro miembro de la pareja haya lo haya cubierto con una mayor presencia. Tampoco la sociedad en su conjunto se ha dado por enterada, sino cómo se entiende el desfase entre el calendario laboral de los padres y el calendario escolar de los hijos, o, por otro lado, la escasez de jornadas partidas o intensivas que permitan, a quienes lo desean, acompasar su horario al de los hijos.

A pesar de que el igualitarismo y la conciliación están en boca de todos, no se han asumido con seriedad. El mundo laboral no apoya a la vida familiar, es al revés, se espera que la vida familiar sea la que apoye a la vida laboral, es decir, que entienda las exigencias del trabajo fuera del horario laboral, que favorezca el trabajo incluso desde casa, en días festivos, etc…

La mujer, que se ha incorporado al trabajo por cuestiones económicas, de oportunidad o de deseo, se encuentra con un dilema serio cuando aparecen los hijos en la familia y es necesario acompasar horarios. Más cuando, a pesar del igualitarismo, se sigue creyendo que la mujer es la persona más idónea para cuidar a los niños, y en pocas ocasiones se plantea en términos de competencia parental es decir, en términos de quién está más capacitado para asumir roles parentales, y menos aún en términos de desarrollo de ambos progenitores.

En cualquier caso, las opciones son complicadas: abusar de la familia extensa, sobre todo de los abuelos; mantener horarios diferentes entre los cónyuges, con su repercusión en la disminución de la calidad de vida de pareja; dejar el trabajo en manos de un solo cónyuge; medias dedicaciones de ambos cónyuges, con la consecuencia inmediata en la pérdida en valor competitivo como empleado; contratar una persona de apoyo, presuponiendo recursos económicos suficientes; Y todavía sería necesario resolver las situaciones imprevistas, fuera de la normalidad.

Desde el punto de vista de la mujer, es esencial, situarse en un plano de igualdad y poder optar a los mismos puestos de responsabilidad que los hombres. Sin embargo, si no existe una reorganización, que compatibilice la vida familiar y laboral, sólo asistiremos a conse-

Universidad Pontificia de Salamanca

cuencias negativas de esta incorporación, siendo los hijos los principales perjudicados.

Es verdad que se trata de calidad en las interacciones y no tanto cantidad, pero a menudo ambos conceptos están muy unidos. Calidad implica disponibilidad psicológica. Puede suponer, como hemos comprobado en el estudio, la ausencia de comunicación y de supervisión. Y esta ausencia repetida de personas a quienes recurrir, sobre todo en situaciones estresantes, está asociada a un cierto vacío emocional en los adolescentes que les aboca a una mayor implicación fuera de la familia.

Algunos han intentado verlo como una equivocación de la familia, sobre todo de la mujer, que durante los primeros años debería mantenerse en el hogar al cuidado de los hijos. Otros, lo ven como una auténtica incongruencia e hipocresía social.

En resumen, como los propios adolescentes reconocen (Finley et al 2008), los progenitores son las figuras más relevantes en su desarrollo. No obstante, queda asumir la responsabilidad a nivel social y favorecer condiciones que posibiliten conciliar el trabajo con la familia.

Tradicionalmente se ha luchado por los derechos de los padres a tener un trabajo, pero, hoy por hoy también habría que defender los derechos a poder cuidar y disfrutar de su vida familiar junto a sus hijos.

Bibliografía

Ababkov, V. A.; Perrez, M.; Kaidanovskaia, E. V. y Shiobi, D. (2005). Family life and professional activity. *Russian education and society, 47* (12), 5-20.

Alonso, J. y Román, J. M. (2005). Prácticas educativas familiares y autoestima. *Psicotherma, 17* (1), 76-82.

Arranz, E. (2004). *Familia y desarrollo psicológico*. Madrid. Prentice Hall (Pearson).

Aryee, S.; Srinivas, E. S. y Tan, H. H. (2005). Rhythms of life: antecedents and outcomes of work-family balance in employed parents. *Journal of applied psychology, 90* (1), 132-146.

Baumrind, D. (1971). Current patterns of parental authority. *Developmental Psychology, 4*(12), 1-103. doi:10.1037/h0030372

Baumrind, D. (1991). Parenting styles and adolescent development. *Encyclopedia of Adolescence, 2*, 746-758.

Booth-LaForce, C. y Oxford, M. L. (2008). Trajectories of social withdrawal from grades 1 to 6: prediction from early parenting, attachment, and temperament. *Developmental psychology, 44* (5), 1298-1313.

Carrasco, C. (2001). La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres? *Mientras tanto, 86*.

Universidad Pontificia de Salamanca

Ceballos, E. (2006). Dimesiones de análisis del diagnóstico en educación: El diagnóstico del contexto familiar**.** *RELIEVE, 12* (1), 33-47.

Fauber, R.; Forehand, R.; Thomas, A.M. y Wierson, M. (1990). A mediational model of the impact of marital conflict on adolescent adjustment in intact and divorced families: The role of disrupted parenting. Child Development, 61, 1112-1123.

Finley, G.; Mira, S. y Schwartz, S. (2008). Perceived paternal and maternal involvement: Factor structures, mean differences, and parental roles. *Fathering,* 6 (1), 62-82.

Ford, M. T.; Heinen, B. A. y Langkamer, K. L. (2007). Work and family satisfaction and conflict: A meta-analysis of cross-domain relations. *Journal of applied psychology,* 92 (1), 57-80.

Gattis, K. S.; Simpson L. E. y Christensen, A. (2008). What about the kids? Parenting and child adjustment in the context of couple therapy. *Journal of family psychology,* 22 (6), 833-842.

Golden, T. D.; Veiga, J. F. y Simsek, Z. (2006). Telecommuting's differential impacto n work-family conflicto: Is there no place like home? *Journal of applied psychology,* 91 (6), 1340- 1350.

Graff, I.; Speetjens, P.; Smit, F.; Wolff, M. y Tavecchio, L. (2008). Effectiveness of the triple p positive parenting programo n parenting: a meta-analysis. *Family relations,* 57, 553- 566.

Hatton, H.; Donnellan, M. B.; Maysn, K.; Feldman, B. J.; Larsen-Rife, D. y Conger, R. D. (2008). Family and individual differences predictors of trait aspects of negative interpersonal behaviors during emerging adulthood. *Journal of family psychology,* 22 (3), 448-455.

Hillaker, B. D.; Brophy-Herb, H. E.; Villarruel, F. A. y Haas, B. E. (2008). The contributions of parenting to social competencies and positive values in middle school youth: Positive family communication, maintaining standards, and supportive family relationship. *Family relations,* 57, 591-601.

Ilies, R.; Schwind, K. M.; Wagner, D. T.; Johnson, M. D.; DeRue, D. S. y Ilgen, D. R. (2007). When can employees have a family life? The effects of daily workload and affect on work-family conclict and social behaviors at home. *Journal of applied psychology, 92* (5), 1368- 1379.

Jacobs, J. M. y Kelley, M. L. (2006). Predictors of paternal involvement in childcare in dual-earner families with Young children. *Fathering, 4* (1), 23- 47.

Justicia, F.; Benítez, J. L.; Pichardo, M. C.; Fernández, E.; García, T. y Fernández, M. (2006). Aproximación a un nuevo modelo explicativo del comportamiento antisocial. *Revista electrónica de investigación psicoeducativa, 9* (4), 131-150.

Kilgore, K.; Snyder, J. y Lentz, C. (2000). The contibution of parental discipline, parental monitoring, and school risk to early- onset conduct problems in african american boys and girls. *Developmental psychology, 36* (6), 835-845.

Ladd, G. W. y Pettit, G. S. (2002). Parenting and the development of children's peer relationships. En M. H. Bornstein (Ed.), *Handbook of parenting: Vol. 5: Practical issues in parenting (2nd ed.).* (pp. 269-309). Mahwah, NJ US: Lawrence Erlbaum Associates Publishers.

Universidad Pontificia de Salamanca

Livingston, B. A. y Judge, T. A. (2008). Emotional responses to work-family conflict: An examination of gender role orientation among working men and women. *Journal of applied psychology, 93* (1), 207-216.

López, M. T.; Utrilla, A. y Valiño, A. (2006). *Políticas públicas y familia. Análisis de la situación en España*. Madrid: Fundación Gondra Barandiarán. Colección acción familiar.

Melby, J. N.: Conger, R. D.; Fang, S.; Wickrama, K. A. S. y Conger, K. J. (2008). Adolescent family experiences and educational attainment during early adulthood. *Developmental psychology, 44* (6), 1519-1536.

Mendizábal, J. A. y Anzures, B. (1999). La familia y el adolescente. *Revista médica del hospital general de México, 62* (3), 191-197.

Mestre, V., Samper, P. y Frías, M. D. (2004). Personalidad y contexto familiar como factores predictores de la disposición prosocial y antisocial de los adolescentes. *Revista latinoamericana de psicología, 36* (3), 445-457.

Nelson, D. A. y Coyne, S. M. (2009). Children´s intent attributions and feelings of distress: Associations with maternal and paternal parenting practices. *J abnorm child psychol, 37*, 223- 237.

Patock-Peckham, J. A. y Morgan-Lopez, A. A. (2007). College drinking behaviors: Mediational links between parenting styles, parental bonds, depression, and alcohol problems. *Psychology of Addictive Behaviors, 21*, 297-306.

Paulussen- Hoogeboom, M.; Stams, G. J. J. M.; Hermanns, J. M. A.; Peetsma, T. T. D. y Wittenboer, G. L. H. (2008). Parenting style as a mediator between children´s negative emotionality and problematic behavior in early childhood. *The journal of genetic psychology, 169* (3), 209-226.

Pinheiro, M. I.; Haase, V. G.; Del Prette, A.; Amarante, C. L. y Del Prette, Z. A. (2006). Trainning parent social skills for families of children with behavior problems. *Psicología reflexao e crítica, 19* (3), 407-414.

Putnick, D. L.; Bornstein, M. H.; Hendricks, C.; Painter, K. M.; Suwalsky, J. T. D y Collins, W. A. (2008). Parenting stress, perceived parenting behaviors, and adolescent self- conept in european american families. *Journal of family psychology, 22* (5), 752- 762.

Scharlach, A. E. (2001). Role strain among working parents: implications for workplace and community. *Community, work & family, 4* (2), 215-230.

Skitmore y Ahmad (2003). Work-family conflict: A survey of Singaporean workers. *Singapore Management Review, 25* (1), 35-48.

Spector, P. E.; Allen, T. D., Poelmans, S. A. Y., Lapierre, L. M., Cooper, C. L., O'Driscoll, M.; Sánchez, J. I.; Abarca, N.; Alexandova, M.; Beham, B.; Brough, P.; Ferreiro, P.; Fraile, G.; Lu. C., Lu, L.; Moreno-Velázquez, I. y Pagon, M. (2007). Cross-national differences in relationships of work demands, job satisfaction, and turnover intentions with work-family conflicto. *Personnel Psychology, 60,* 805- 835.

Tur, A.; Mestre, M. V. y Barrio, M. V. (2004). Factores moduladores de la conducta agresiva y prosocial. El efecto de los hábitos de crianza en la conducta del adolescente. *Ansiedad y estrés, 10* (1), 75-88.

Universidad Pontificia de Salamanca